

Historias y buen vino

Por SOFÍA FLÓREZ

La cita es lógica, naturalmente a última hora de la tarde. El momento del día que Antonio Pereira considera más propicio para la conversación, para la charla, sin que tenga que mediar, como ocurre ahora, ninguna circunstancia especial. Pero hoy, cuando acaba de ser publicado su último libro, que ha obtenido el Premio de Narrativa Torrente Ballester, sí existe un pretexto -un texto- para la conversación, un argumento para la charla; una colección de relatos titulada Las ciudades de Poniente (Anaya & Mario Muchnik).

- Supongo que lo he titulado así porque yo quería que este libro anunciase y delatase lo antes posible su condición de historias de esa parte de la península que no es exactamente Galicia, como pudiera pensarse, sino una región literaria que si se me pusiera delante un mapa yo la delimitaría de acuerdo con mis sentimientos de escritor. Y entonces sería sí, ciertamente, la Galicia de los líricos de los cancioneros y también de los prósperos fabuladores que hubo siempre allí. Y pienso en Valle Inclán, en Álvaro Cunqueiro... y, viniendo a tiempos presentes, en Torrente Ballester... Pero ese noroeste es también la Asturias de Clarín y la Sanabria de San Manuel Bueno, mártir de Unamuno. Y es la Maragatería y es incluso hasta el río Torio, más o menos, para que quede dentro la catedral de León, por supuesto. Y todo eso tendría un núcleo más importante y principal que es el Bierzo, con una capitalidad literaria que, para mí y sin ánimo de hacer chovinismo, es Villafranca del Bierzo. El título tenía que referirse a ese mundo y creo que Las ciudades de Poniente lo refleja, no sé si con un pequeño halo poético a pesar de que últimamente no se llevan mucho los títulos esteticistas.

- Pero en este libro la referencia al poniente alude a otras dimensiones más allá de las geográficas.

- Sí, sí. Creo que abundan en estos relatos ciertas vidas que yo llamaría vespertinas, crepusculares (lo cual no quiere decir que no sean vigorosas, porque en resumidas cuentas tan importante y necesario es el atardecer y la noche como la mañana y el esplendor del mediodía), que en el libro hay una atmósfera en que predominan las tardes. Las tardes son muy importantes para mí y son muy importantes en mi tierra. En esa tierra donde se desarrollan estos relatos suele haber

un gran sentido de la narración oral. Algo que tiene mucho que ver con la tarde, con el mundo de la taberna amigable, del paseo, del casino. Todo eso anda mucho por ahí, en mis relatos. Recuerdo una definición, como tantas hay sobre la poesía, de Ramón Gómez de la Serna, que decía: "La poesía, un hiperespacio que Dios me concede para que no sean tan sórdidas las ocho de la noche". Las ocho de la tarde cuando es verano, habría que decir. Bueno, pues es verdad, cuando llegan las ocho hay que beber el buen vino del país y charlar y contar historias y tal. Por ahí, por ese mundo, me parece que se mueven mis personajes y sus vidas y pequeños milagros.

- Tan importante es ese sentido de la narración oral que favorece la caída de la tarde, que este escritor de Poniente lo utiliza como verdadera prueba de fuego para sus relatos.

- Mi narrativa tiende mucho hacia la oralidad. Tanto es así que, cuando dudo de alguno de mis cuentos, lo que hago es leérmelo a mí mismo O leérselo a alguien de mi entorno que quiera escucharlo en voz alta. Sólo con eso ya me doy cuenta de cómo funciona -esto de funciona habría que entrecomillarlo- esa pieza. Y yo diría que mis mejores cuentos son justamente aquellos que pueden ser leídos en voz alta o contados. Me atrevería a decir que, a medida que pasa el tiempo, esa tendencia a la oralidad se acentúa, igual que cada vez más voy en busca de la sencillez en mi escritura. De manera que, quizá el mayor valor -y a saber si no será el único- de Las ciudades de Poniente consista en la voz personal del narrador, una voz próxima al que lee aunque sin llegar a la familiaridad.

- La falta de sencillez es, precisamente, causa del varapalo que Antonio Pereira, por boca de su alter ego, el narrador de *El hombre de la casa*, propina al mismísimo Edgar Allan Poe.

- Ese cuento empieza efectivamente con un comentario literario. La verdad es que ahora me doy cuenta de que en mis obras desvelo alguna de mis recetas sobre el arte de hacer cuentos. Y a propósito de esa cita de Poe, no me desdigo lo más mínimo de lo que allí se afirma. Es una descripción de dos o tres líneas con una acumulación tal de datos oscuros y tristes, que nos hace pensar que el autor desconfiaba enormemente de la capacidad de entendimiento del lector. Yo, en mi modesto quehacer, nada comparable al del ilustre cuentista a quien estoy criticando, procuro ser sumamente económico para dejarle al lector la posibilidad de completar. No en vano, uno de mis libros se llama Cuentos para lectores cómplices. Es verdad que la creación, la redacción de un cuento plantea siempre un problema muy serio, que a mí me atormenta a veces, y que es el momento en que hay que decidir el grado de información que se le da al lector porque, evidentemente, si uno se queda corto el invento no resulta pero, si uno se pasa, la cosa tampoco vale para nada.

- Algo que puede ocurrirle a cualquiera, incluso a Carver, el escritor norteamericano al que Pereira califica de "inquietante" y a quien asegura admirar sin reservas.

- Hay un caso muy significativo, que es el de un cuento de Carver titulado El baño donde, en las últimas siete líneas se produce una llamada telefónica que solamente un lector muy avezado, mejor aún, un escritor de cuentos, es capaz de descubrir de quién es. Pero el 99% de los lectores -y a lo mejor estoy dando un porcentaje demasiado alto- no captan que quien hace la llamada es un pastelero al que le habían encargado un pastel para un niño. Esto debió pensarlo también Carver, puesto que posteriormente escribió para otro libro el mismo cuento con otro título, ahora se titula Parece una tontería, como diciéndose "aquí voy a explicarlo todo", en fin, "voy a desarrollar la historia de una manera muy explícita". Lo cual le lleva a ocupar un montón de páginas. Bueno, pues en esta ocasión el cuento tampoco funciona. Una vez por defecto y otra por exceso. Es decir, el problema es ¿sigo, voy adelante? ¿Me contengo y me encierro un poco y le doy al lector solamente unas pocas pistas? pero ¿le estaré dando las suficientes o le daré muchas o pocas? Ese, ése es el quid.

- Ese quid cuyo secreto muchos aspirantes a escritores esperan encontrar en las escuelas de letras y talleres literarios a los que el escritor berciano, que asegura no haber pisado nunca uno ni como profesor ni como alumno, dedica el relato titulado *Cuento en la Escuela de Letras*.

- Claro, uno escribe, generalmente, sobre un soporte de hechos y de personas con los que se ha ido encontrando en la vida. Recuerdo, no hace mucho, por supuesto antes de escribir el cuento, una cena en casa de una señora importante donde una de las invitadas era una sobrina suya muy guapa, muy bien vestida muy... suelta y desenvuelta, quien cuando hablamos de qué es lo que hacía, me dijo que no estudiaba en la Universidad pero que estaba ocupada en algún otro tipo de aprendizaje. Y yo, equivocadamente, pensé enseguida que estaría haciendo algo de decoración, algo de diseño o alguna cosa por el estilo. Y no. Me dijo que estaba muy ilusionada con escribir, para lo cual acudía a la Escuela de Letras. Y sí, a raíz de aquella experiencia, me pareció que a una de esas escuelas o talleres de letras no estaría mal que acudieran, como dice el relato, "los jubilados del cuerpo diplomático, damas de la capital con mucho tiempo libre y niñas céntricas" -bueno, eso de céntricas debió ocurrírseme porque la cena era en pleno barrio de Salamanca- "que se han cansado de picotear en la decoración y los idiomas". Evidentemente en esto había ironía, algo que no es infrecuente en mi narradita. Pero creo también que sin llegar al sarcasmo. Porque yo no puedo evitar, y además ¿por qué tendría que evitarlo?, el tener un cierto cariño a mis personajes y personajillos.

- Más que cariño, amor de padre. Pereira, al igual que tantos otros escritores, habla de sus libros como si de auténticos hijos se tratara.

- Hombre, yo, que no soy padre de los otros, de los de carne y hueso -por cierto que tampoco he plantado ningún árbol-, no sabría decir si se trata del mismo sentimiento. Pero sí que considero este libro como un hijo recién nacido al que estoy dedicando todos mis desvelos. Me es muy difícil por ello opinar sobre mí mismo y sobre mi obra, porque la propia cercanía me impide juzgar. Con todo y con eso, me gustaría decir algo de mi gusto absolutamente personal: quizá, si un día se perdiera todo el resto de los relatos de Las ciudades de Poniente, yo no lloraría demasiado. Pero sentiría mucho que *El apartamento*, ese relato que cuenta la historia de una amistad entre un joven y un obispo que tienen una relación muy libresca y que un día emprenden una aventura automovilística y hablan de la feria que acaba de celebrarse y de que el mundo está en eso también, que "el mundo se revela no sólo en los libros pero también en las cosas", ese relato digo, me dolería mucho que no siguiese al alcance de los lectores. En otras palabras, es el cuento que más me gusta de todos los del libro.

- Bien en homenaje a esa amistad episcopal, bien porque la hora y la situación lo requieran, Antonio Pereira sirve, sobre unos platitos de loza ("A saber si esto se hace así, porque yo de esto no entiendo ni papa..."), sendos vasos de vino. Ese Valdaiga 1979 ("...tan literario, del que luego te vas a llevar una botella") que ha ayudado a alguno de sus personajes a abrir "la espita de los recuerdos".

- Desde luego no cabe duda de que el vino, las noches de amistad del conocido Barrio Húmedo de León, avivan lo sentimientos y los recuerdos y hacen soltarse la lengua. De todos modos, y aunque yo soy por razones de residencia y demás un leonés de la capital, soy sobre todo un berciano y eso de la contención del carácter de la que se habla con frecuencia a propósito de los leoneses, en el Bierzo no ocurre o no ocurre tanto, quizá por la influencia de nuestra vecindad con Asturias y sobre todo, Galicia. En cualquier caso, como decía antes, el vino, la compañía, la amistad hacen que las ocho de la tarde o de la noche, como se quiera, sea una buena hora para sentir. El escribir vendrá después, con la claridad y la transparencia y los estímulos de la mañana, porque siempre he creído que el escribir tiene que ser después de haber sentido, es decir, un acto en el que tiene mucha importancia la evocación y la memoria.

- Acaso por eso alude con escaso entusiasmo a sus tempranos escauceos literarios.

- Empecé a escribir muy pronto, demasiado pronto, con una precocidad nada

elogiable, puesto que los niños precoces a mí me molestan muchísimo. Y naturalmente empecé por la poesía, escribía versos y madrigales a una niña de Bilbao que había venido a nuestro pueblo, lo cual inauguraba el mito de las forasteras que iba a estar siempre muy presente en mi obra. Ciertamente, en aquel momento de mi vida yo soñaba con ser escritor y pensaba que algún día escribiría novelas y relatos y demás. Después se produjo no una interrupción total, pero sí una especie de retraso o abandono de aquellas esperanzas de publicar, mientras que luego volvió con más fuerza la conciencia de que lo que a mí me gustaría más en la vida era escribir libros. Y en esas estamos.

- Continúa hablando lenta, calmamente, eligiendo con cuidado las palabras como si temiese dañar a ese "hijo recién nacido" al que consagra ahora toda su atención. Su fiel, solemne ternura.